

AGUSTÍN GÓMEZ ARCOS

EL CORDERO CARNÍVORO

PRÓLOGO
LUIS ANTONIO DE VILLENA

TRADUCCIÓN
ADORACIÓN ELVIRA RODRÍGUEZ

CABARET VOLTAIRE

2026

PRIMERA EDICIÓN *noviembre 2007*
NOVENA EDICIÓN *mayo 2026*
TÍTULO ORIGINAL *L'Agneau carnivore*

Publicado por
EDITORIAL CABARET VOLTAIRE S.L.
info@cabaretvoltaire.es
www.cabaretvoltaire.es

©2025 Editorial Cabaret Voltaire SL
©del prólogo, 2007 Luis Antonio de Villena
©de la traducción, 2007 Adoración Elvira Rodríguez

IBIC: FA
ISBN-13: 978-84-942185-7-6
DEPÓSITO LEGAL: B-7681-2015
Printed in Spain

Dirección y Diseño de la Colección
MIGUEL LÁZARO GARCÍA
JOSÉ MIGUEL POMARES VALDIVIA

FOTOGRAFÍAS
Cubierta: *Mariposa* ©Paco Sánchez
Guarda: Agustín Gómez Arcos
Derechos Reservados

Bajo las sanciones establecidas por las leyes,
quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización
por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total
o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o
electrónico, actual o futuro -incluyendo las fotocopias y la difusión
a través de Internet- y la distribución de ejemplares de esta
edición mediante alquiler o préstamo públicos.

CAPÍTULOS 7 Y 8

Ya no soy un niño aunque debido a mi baja estatura y a mi delgadez dé esa impresión. Pero, por supuesto, en casa me siguen llamando «*el niño*» cuando quieren referirse a mi persona. En el caso de que *ellos* me consideren persona, cosa que dudo.

Para Clara soy *ese niño* con un adjetivo delante o detrás, según su estado de ánimo. Para mi hermano Antonio, ni siquiera tengo nombre: soy *mi chiquitín*. Para mamá debo ser *ese monstruo*, y en cuanto a papá... ni idea. Pero ya no soy un niño.

Mi hermano me ayudó a saltar la barrera que separa la niñez de la pubertad. Sus dedos y sus labios se detienen tan a menudo sobre las distintas partes de mi anatomía, que consigue despertar en mí la curiosidad de mi cuerpo. Gracias a él descubrí los espejos.

La primera vez que me miré en un espejo, no con la intención de ver reflejada mi imagen, sino la que mi hermano tenía de mí, me sorprendí y hasta me turbé. Pero a pesar de la timidez con la que constato los diversos cambios que se van operando en mi persona, llevo enseguida la mirada hacia la contemplación. Intento comprender por qué las caricias más frecuentes de mi hermano están relacionadas con determinadas partes de

mi cuerpo. (Incluso en la oscuridad, no se pierde nunca. Su precisión es indiscutible.) Y comprendo: mi cuerpo tiene la belleza fugaz de un dibujo que se volatiliza. Será por eso por lo que mi hermano Antonio lo estrecha tan fuerte entre sus brazos.

Lanzado en mis nuevos descubrimientos, le pido a Clara que limpie a fondo la luna del armario; aprendo a colocar el flexo de la mesa en la que estudia mi hermano de tal manera que la luz favorezca mi perfil cuando, desnudo, me contemplo en el espejo. Me podrán acusar de narcisismo pero, en realidad, pretendo ver lo que ve mi hermano. Bonito y tierno espectáculo, que habla a las entrañas y a las tentaciones del alma.

Ahora sí que entiendo la dulce mirada de mi hermano y su deseo, cada vez más fuerte y más salvaje, de fundirme en él. En eso se comporta como un creador. Tiene la impresión —más que eso, la certeza— de que me moldea, día tras día, a imagen de algo especial que, sin duda alguna, ama inconscientemente. Y con pasión. Los dos o tres pelillos rubios que empiezan a salirme en los sobacos, los descubrió él. También él me hace ver que mi pene es rosa, mientras que el suyo es oscuro. Cabría subrayar otras diferencias sustanciales entre nosotros, de las que no le hablo, referidas a mi edad y a la suya, a mi delgadez y a su corpulencia. No quiero que se deje llevar por una vanidad desmedida. Sea como fuere, él nunca se reprime para exponerlo todo ante mi vista y, por mi parte, no puedo apartar los ojos de aquel magnífico espectáculo. Me encanta

interpretar un gran papel en tan generosa eclosión de belleza.

Sin embargo, mi hermano Antonio no descuida sus estudios ni mi educación. De las ciencias naturales, pasamos a las caricias; del agotamiento físico, a la multiplicación. Nunca podré separar erotismo y primeros conocimientos. Dos por dos son cuatro besos, y así toda la tabla. Ejercita su imaginación para poner en práctica sobre mi cuerpo sensual todo lo que quiere enseñarme, ya sea geografía o gramática. Así, por ejemplo, sobre mi tetilla derecha coloca Finisterre; sus labios bajan suavemente hasta mi ombligo —Madrid— y luego hasta mi ingle derecha: ahí está Gibraltar. La «t» es una consonante dental: su lengua sabe indicarme exactamente, en el interior de mi boca, el lugar preciso donde debo apoyar la lengua para entender el mecanismo de la pronunciación.

Mientras mi cuerpo siga vivo recordaré, encantado, ese montón de cosas absurdas llamadas cultura general. Y el día que el cuerpo de mi hermano Antonio muera para siempre, mi cultura general morirá con él. Doble entierro.

Una tarde, papá y mamá se sentaron —no creo que por casualidad— en el salón de mamá. Era domingo, no recuerdo la época del año. Mi hermano había salido a jugar un partido de fútbol, y yo estaba en nuestro cuarto, intentando dibujar, torpemente, su imagen de dios moreno gesticulador y bravo, como buen andaluz, corriendo tras el balón. Nada satisfecho con mi

hazaña artística, rompí el dibujo y salí al silencioso pasillo. No sé si debo añadir que era un silencio aplastante: me parece que ya he utilizado todos los calificativos para describir aquel silencio cuya existencia era, sin duda, el rasgo más significativo del ambiente de la casa.

Bajé las escaleras sin intención precisa, consciente de que no encontraría más camino que el del jardín ni, probablemente, más interlocutor que el mirlo. Nada en el ambiente anunciaba cambios sustanciales en la rutina diaria.

Al cruzar el vestíbulo vi a Clara saliendo de su cocina con el servicio de café en una bandeja. Me refiero al servicio de plata. Me fijé que había dos tazas. Y enseñada comprendí que mamá *tenía visita*.

Se trataba, por supuesto, de un acontecimiento extraordinario. Desde la muerte de su señor modisto ella, mamá, no veía a nadie, salvo a su confesor dos veces al año.

Mi curiosidad se despertó de pronto, volcán adormecido.

Hacía mucho tiempo que mamá no se metía conmigo y, desde mi nueva pasión por Carlos, ella, mamá, había pasado a segundo plano. Y mira por donde, ahora volvía a estar de actualidad. Yo tenía que saber, fuera como fuera, con quién hablaba y de qué. (Seguro que en forma de largo monólogo, como siempre.)

Desgraciadamente, ya era demasiado alto para escurrirme en el salón y esconderme tras el gran sofá en el que ella, mamá, con toda seguridad, se habría recostado.

Pero siempre me quedaba una de las puertas vidriera del salón que daban al jardín, la del cristal roto. De modo que salí al jardín. El mirlo me saludó con silbidos esporádicos, pero no le contesté: estaba enfadado con él desde el día de mi soledad total, y, además, quería mantener en secreto mi presencia. Me aposté detrás de la gran copa de piedra cubierta de hiedra, a la altura del cristal roto, y eché ojeadas ávidas al salón. La visita de mamá, era papá.

Por primera vez en mi vida veía junta a la pareja papá-mamá. O sea, a mis padres. Día de descubrimiento.

Antes, me había equivocado al imaginarme la escena. Ella, mamá, está por supuesto en el sofá, pero no se ha tumbado. Está sentada, tiesa, aparentemente tranquila, con las rodillas juntas, en el filo del sofá, como un «cuatro» minuciosamente compuesto, tan educada y perfecta como una planta de invernadero. Sirve el café con distanciamiento, como si las manos estuvieran separadas del cuerpo, como si pertenecieran a un mundo diferente.

Ella, mamá, habla. El tono de su voz y sus palabras se ajustan a la más rancia de las perfecciones, como una minuciosa grabación en la que no participara el rumor de la vida.

—Querido, ¿estás seguro de que no me estás haciendo un reproche?

Papá no sabe dónde dejar el puro cuando mamá le tiende la taza de café. Creo que el pobre necesitaría tres manos. Ella, mamá, se lo coge y lo pone en un

cenicero de cristal de Murano, que reproduce la extravagancia descolorida de un loto malva: puede que no quedara ninguno amarillo en el catálogo. La sonrisa con la que mamá pronuncia la palabra «reproche» no termina de desdibujarse en sus labios, pero se nota que está haciendo un esfuerzo para evitar cualquier desequilibrio entre sus palabras y sus gestos. *Una jovencita, querida...*

—Deberíamos hablar de todo esto. Me parece que no hemos asumido nuestras responsabilidades. Y las tenemos.

Nada rompe la serenidad del aire que perfuman los jacintos amarillos. (Especialidad del florista de mamá quien, a su requerimiento, consiguió un magnífico cruce.) Dos dedos perfectos cogen un amarillento terrón de azúcar que desaparece en la horrenda negrura del café. Una cucharilla de plata dorada se pone suavemente a removerlo todo.

—Sí, es cierto. Al menos, deberíamos tenerlas. Aunque no sé si merece la pena.

—Pero Matilde, ¿por qué dices si merece la pena? Es nuestro hijo.

Papá ha dicho la palabra «hijo». Una bocanada de calor sale por el cristal roto y yo la aspiro con avidez. Me reconforta el alma. Aunque no se trate de mí, sino de mi hermano Antonio, me reconforta el alma.

Ella, mamá, mira a papá a la cara. Imposible describir su estupor. Como si se preguntara por qué, a esta hora tranquila de la tarde, su marido se pone a hablar

en chino. Y además sin previo aviso. Toda aquella perfección que les rodea empieza a sonrojarse, avergonzada.

—¡Nadie dice lo contrario, y no tengo intención de volver sobre el tema! De acuerdo, sí, *es* nuestro hijo. ¿Pero de qué se queja? Me estoy gastando toda mi fortuna en su bienestar. Vive a cuerpo de rey.

—Y sin embargo, estamos descuidando su educación.

—¡Bueno, eso...!

(¿Aparte de su falta de amor hacia mí, la habrían educado tan perfectamente que se negaba a que yo pasase por la misma tortura? A veces me lo he preguntado, pero nunca he querido concederle tal rasgo de generosidad.)

—Ni siquiera sabe leer.

Los ojos de mamá se dilatan como una cabeza de cobra:

—¿Quién te ha dicho eso?

—Él. Le ofrecí mis libros y me dijo que todavía no sabía leer. (O sea, que se refería a mí cuando decía «mi hijo». Bocanada de calor.) Vivo tan apartado de todo que no vi nada anormal en ello. Pero inmediatamente después, al recordarlo, casi me muero de angustia.

Ella, mamá, se echa a reír. El salón, sorprendido, parece quedarse ciego ante tal estallido de luz, y no me extrañaría que el piano, inspirado, se pusiera a tocar por su cuenta. Pero papá no se sorprende. ¿Sería aquella flor de armonía la risa de mamá jovencita? ¿Tenía entonces

su risa aquella plenitud gloriosa cuando oía, entre avergonzada y valiente, ciertas palabras atrevidas que cobraban vida alrededor del bigote?

—¡Morir de angustia! Te ha quedado muy bien pero, perdóname, querido, me sorprende tu manera de hablar. Me parece que has cambiado de estilo. Antes, eras más... más brusco. Y por lo tanto más tranquilizador. Dime, ¿subiste al *otro cuarto*?

Papá tardó en responder. Por supuesto que la idea de subir al *otro cuarto* nunca se le había pasado por la cabeza.

—No. Fue él quien entró en mi despacho. Así, de pronto.

—¿Se atrevió?... (Tono de sorpresa comedida.) Bueno, se va haciendo mayor. Cualquiera día nos pedirá explicaciones. Puede que esté en su derecho.

—No te vayas por las ramas, Matilde. Sé que no querías tener ese niño, pero...

Yo ya me sabía la respuesta de mamá, pero la violencia de su tono me sorprendió.

—¡Y tú qué sabes! (Vamos, mujer, tranquilízate. No está bien ponerse a gritar por una simple conversación doméstica.) Querer o no querer... ya no se trata de eso. Me ha decepcionado, y punto.

—¡Pero, querida, seamos serios! Él no tiene la culpa de no ser un monstruo. ¡Al final me vas a volver loco con ese asunto!

—¡La culpa! Ya he dejado de preguntarme quién ha tenido la culpa. (Hay que añadir a estas palabras un

punto de sarcasmo para conseguir el tono exacto. Claro que el sarcasmo de mamá es cosa fina.)

Todo es tan absurdo que no doy crédito a lo que oigo ni a lo que veo. Parecía una pantomima ensayada miles de veces antes de representarla ante mí. Nada que ver con la verdad, ni siquiera con la realidad, por mucho que lo pareciera. Mamá y papá están ahí, y evidentemente hablan de mí. Pero ni ellos ni yo estamos de verdad implicados. Alguien se ha equivocado de obra, de actores, de personajes, de tema. O de todo a la vez. Yo podría abrir la puerta vidriera, entrar en la sala, sentarme en el sofá, tomar una taza de café (¿tendría Clara preparado un buen chocolate espeso para tal eventualidad?) y espetarles: «¡Estáis diciendo gilipollices!». Con toda tranquilidad. Pero claro, eso no formaba parte del espectáculo, y alguien —el mirlo, tal vez— podría pensar que yo tampoco estaba metido en mi papel.

Ostensiblemente ella, mamá, enciende un cigarrito. Me parece un gesto atrevido, dirigido a papá, y que, de alguna manera, denota una cierta mentalidad juvenil. Pero puede que esté hurgando demasiado en mi memoria y tal sentimiento de audacia sólo sea una falsa impresión.

Ella, mamá, continúa:

—De todas formas, está mintiendo.

Ya estamos en pleno melodrama, querido mirlo. ¡Silba, silba, que hay que aplaudir la frase!

El efectismo es un valor seguro: papá levanta las cejas. Debo añadir: sorprendido.

—¿Qué quieres decir con que está mintiendo?

—*Tu* hijo Antonio le está enseñando un montón de cosas. En el *otro cuarto*. Puede que más de la cuenta.

(¡Mierda! No soy el único espía de la casa.)

—¿Y qué puede enseñarle? Porque a ése sólo le interesa la gimnasia.

—A leer y a escribir, por supuesto. Están siempre juntos. Forman el único núcleo familiar de esta casa, la única pareja... con todo lo que ello implica.

A papá se le queda la boca abierta y mira a mamá fijamente. La mano y el puro, suspendidos en el aire, se detienen en seco.

—No te entiendo.

—Ni falta que hace.

Larga pausa, tras la cual papá carraspea.

—Matilde, a propósito de lo que dices...

Se calla, quizás para buscar las palabras adecuadas, y creo ver —¿o lo estoy soñando?— un destello de terror en los ojos de mamá. Simultáneamente, mi boca se humedece con el recuerdo de los labios de Carlos y la firmeza de su bigote, aquel día en el despacho de papá. Pero suena el timbre de la puerta de entrada, y mamá corta:

—Debe ser para ti, querido. Tomaremos una decisión esta noche.

Y ella, mamá, se levanta, con las manos ya ocupadas, deshaciéndose el peinado como si fuera a acostarse. El ambiente del salón se contamina de pronto con la alocada imprecisión que sigue a mamá a todas partes como

su sombra. Papá, que conoce perfectamente el percal, hace mutis por el foro. Fin del primer acto y telón.

Tampoco ha sido para tanto. Con mamá, nunca hay que esperar terremotos. Todo es sórdido en ella, de acuerdo, pero dentro de una cierta elegancia. Sus cataclismos, siempre interrumpidos, tienen algo de compás musical. Su educación impide que corra la sangre, incluso en sentido metafórico. Toda aquella humedad espiritual ha debido empapar a Carlos hasta reblandecerlo. Irrecuperable. Seguro que antes, los falsos equilibrios de mamá se tambaleaban con su potente voz, que debía poner verdes de envidia hasta a los propios truenos (supongo). Pero ahora, su mirada demasiado azul, sus manos grandes y fuertes, su bigote agresivo, son simples vestigios arcaicos de una especie extinguida hace tiempo, en estos veinticinco años-veinticinco siglos, desde el final de la guerra civil. La voz de la radio y sus lúgubres discursos de paz y de victoria actúan como el alcohol en un frasco para conservar vivo al espécimen y mantener así un auditorio fiel; pero yo lo que veo es un cuerpo cubierto de plumas sucias y enmarañadas en un ambiente tan opresivo que impide cualquier tentativa de vuelo. Carlos-acabado.

El reborde tallado del jarrón de piedra se me clava en los riñones. Me voy. No me atrevo a observar los vidriosos ojos del mirlo y la fijación evangélica de su mirada: quiero evitar toda imagen irónica de mi decepción. Me meto en casa sin acercarme a la puerta abierta de la cocina por temor a que Clara me ofrezca, si me ve,

la sempiterna merienda de chocolate espeso con magdalenas. Subo al piso y entro en el *otro cuarto*. Me tumbo en la cama. Ahora resulta que mi educación preocupa a papá. Por primera vez en diez años. Están todos tan ocupados glorificándose y destruyéndose por culpa de la guerra civil que podríamos decir, en términos de destrucción espiritual, que esa puta guerra todavía no ha terminado. Pero, en mi caso, ya es tarde para cualquier educación. Durante demasiado tiempo mi mente ha vivido libre en la soledad, aislada en sus pensamientos. Y sabe lo que hay que destruir. Cueste lo que cueste.

Unos días después, un profesor particular llamado don Pepe empezó a venir a casa, cuatro horas diarias, sábados incluidos, y oí cómo le decía a mamá que había que recuperar el tiempo perdido. En dos años, como mucho, yo debía estar preparado para entrar en el instituto. Por lo visto, habían decidido que estudiara bachillerato, como mi hermano Antonio.

—Será difícil —añadió—. Pero confíe en mí, señora. Mi especialidad son los casos perdidos.

Al parecer, ése era mi caso.

Recuerdo que me vino a la mente una imagen muy graciosa: yo estaba tumbado en una bandeja, rodeado de cáscaras de limón, rociado con perejil, y con una cabeza de ajos entre los dientes; me llevaba don Pepe, vestido de cocinero, y me presentaba a la aprobación de un tribunal, compuesto por cinco profesores gordísimos, en el aula de exámenes del instituto. Día de gloria para don Pepe, más que para mí.

Ella, mamá, le pidió a Clara que me vistiera de milord —o casi—, que excepcionalmente me perfumara con agua de colonia —de marca francesa— y que me llevara al salón. Había flores frescas en los jarrones y su aroma —cálidas flores andaluzas— mezclado con el humo de los cigarrillos *virginia* de mamá asfixiaba el ambiente. Mi entrada, a la que seguía una estela de Guerlain, y la de Clara, que olía a guisote y a agua de fregar, acabaron de apestar el aire de la sala. Mamá, por cortesía hacia don Pepe, no tuvo más remedio que abrir un poquito los balcones, concesión que no le hacía ni siquiera a su confesor, que olía a incienso y a cera mezclados con sudor, junto con esa pestilencia específica de los hombres que sólo se lavan la cara. Mamá se desmayaba en su salón dos veces al año: los días que confesaba.

Hizo las presentaciones de rigor:

—Tu profesor, don Pepe.

Incliné la cabeza y, antes de haberla levantado, la delicada mano de mamá se agarró como una zarpa a mi nuca. Ella, mamá, dijo:

—Mi hijo.

No vi la reacción de don Pepe; de todas formas, yo estaba electrizado por ese contacto nuevo de la mano de mamá, de su carne, que nunca antes me había ni siquiera rozado, y por su voz diciendo «mi hijo». Últimamente todos reivindicaban mi paternidad.

De haber tenido las debilidades retóricas de mamá, habría calificado aquello de auténtico cataclismo; pero

el choque era tan desmedido que no le pude aplicar definición alguna.

Con el paso del tiempo, pensé a menudo que fue en aquel momento y en aquel lugar en donde las hostilidades se convirtieron en guerra declarada. Porque a partir de aquel instante, y durante dos años, la relación entre don Pepe y yo no iba a ser lo que comúnmente se llama amistosa. Él, para adiestrarme, usaría una vara de palmera diabólicamente tallada a navaja; y yo, para humillarlo, cerraría el pico, sin dignarme contestar a sus preguntas ni una sola vez. Hay casos perdidos irrecuperables, incluso para los especialistas en la materia.

Cuatro horas diarias de guerra, durante dos años, forjan un carácter: mi caso no fue una excepción.

Don Pepe era muy competente para la enseñanza tal y como se concebía entonces en España: todo crío es un animal hasta que no se demuestre lo contrario. Y lo contrario, nunca se pudo demostrar... si nos atenemos a la ferocidad con que los maestros defendían su concepto de disciplina. A los críos hay que pulirlos a fuego lento, sin piedad, sin descanso, hasta que la bestia que llevan dentro deje paso al hombre en que han de convertirse. Claro que la bestia no siempre estaba dispuesta a largarse para facilitar la labor —ése es un principio absoluto— y la necesidad de guerra se hacía patente.

Don Pepe había llevado el método hasta sus últimas consecuencias y sólo en mis debilidades veía razones para sonreír. Pero cuando sonreía, la bestia que había en mí se despertaba, feroz; entonces apretaba los

dientes y me volvía aún más burro. A la larga, su sonrisa se debilitaba —fatigoso trabajo ininterrumpido— y acababa por borrarse. Y el sarcasmo, sentido heredado de mamá, empezaba a brillar en mis ojos y mi mirada —expreso aquí mi opinión partidista— se le hacía insostenible.

Al ser hijo de republicanos —un rojo—, don Pepe no pudo seguir en la enseñanza pública cuando el fascismo impuso su bandera en el país. Como los señores ministros de educación no quisieron ver que los métodos de don Pepe eran tan fascistas como los suyos propios, le cerraron la puerta; así que el hombre, docente por naturaleza, se refugió en la enseñanza privada especializándose en *casos difíciles*, lo que incluía a mi persona.

—Tarde o temprano —me decía pinchándome con la vara en los riñones— conseguiré, a pesar tuyo, abrirte la cabeza como una granada y meterte en ella parte de mis conocimientos. Ese día, angelito, me sentiré orgulloso de haber tropezado contigo.

Decía lo de *haber tropezado* como si hubiera sido cosa del destino. Pero olvidaba que el destino no existe para la gente de su reputación. Yo había llegado casi a la pubertad y seguía sin saber —oficialmente, claro— ni leer ni escribir. Razones de estado imponían la búsqueda de un especialista en el tema: a eso lo llamaba él, olímpicamente, *haber tropezado*.

Ella, mamá, cedió su salón para esta guerra entre dos. Todo un detalle. La elegancia un tanto afectada de

la sala se había visto perturbada por la colocación de una pizarra y de una estantería de pino para mis libros. De la noche a la mañana me encontré acosado por toneladas de libros, textos y cuadernos, que mamá compraba por teléfono, sin discriminar asignaturas o precios y, por supuesto, sin consultar al *especialista*. Lo único que hacía él cuando llegaba un nuevo paquete era abrirlo, echarle un vistazo, y decir «puede valer». Ella, mamá, estaba encantada. Después de la conversación con papá, se le debió meter en la cabeza que tenía que serme útil. O bien demostrarme, de una vez por todas, mi perfecta inutilidad.

En el salón, a la mezcla habitual de olores de la vida de mamá, se añadieron los olores a tiza, que se agarra a la garganta como una lapa, a tinta, a papel, al sudor de don Pepe y a su pestilente aliento a vino agrio, como el de un borrachuzo. De modo que Clara había tomado la costumbre, una vez acabada la clase, de abrir de par en par las puertas vidriera del salón para que entrara el aire del jardín. En las manos de mamá apareció, de un modo tan natural como súbito, un vaporizador que utilizaba con el gesto mecánico de una limpiadora de retretes públicos, mientras le preguntaba al señor profesor (así es como Clara debía llamar siempre a don Pepe) si la clase había transcurrido satisfactoriamente y si no era un niño demasiado rebelde en cuestiones culturales.

—Todo va sobre ruedas, señora —declaraba don Pepe satisfecho.

Y mamá tenía la habilidad de dar a su invariable «¡ah, bien!» un encantador tono de sorpresa. Yo no entendía nada.

Cuando acababan las cuatro horas diarias de guerra fría o caliente —el grado de temperatura dependía de las ganas que tuviera don Pepe de utilizar la vara de palmera— el señor especialista en casos perdidos nunca se sentía en condiciones de levar anclas enseguida. Insistía en que la conversación de mamá era música para los oídos, y casi siempre conseguía que le sirvieran una succulenta merienda, que Clara preparaba a toda velocidad, regada con los estupendos vinos de mamá; la bodega estaba llena de buenos caldos hacia los que, decía don Pepe, su debilidad crecía por momentos.

—Va usted a convertirme en alcohólico impenitente, doña Matilde —decía cada cinco minutos—. Si creyera en Dios, me aliaría con él para pedirle cuentas a usted.

Con lágrimas en los ojos, cuya dureza se transformaba en lúgubre hipocresía, don Pepe se lanzaba, con su vehemencia de perro viejo, a hablar de su anticlericalismo legendario. (*Legendario*, ésa era la palabra que empleaba, pero no estoy en condiciones de precisar su exactitud.) Disertaba sin parar sobre la guerra santa que habría que declararle algún día a la Iglesia católica romana, que explotaba el monopolio de la imagen de Dios a costa nuestra.

—¡Unos mercaderes, señora mía, unos mercaderes! Venden la religión como quien vende aceite. Y tal y

como están las cosas hoy día, la tendencia es el estraperlo. Para cualquier tontería te piden el certificado de bautismo, de comunión o de confirmación. O sea, un puto papel firmado por un puto cura. ¿Es usted creyente?

Ella, mamá, se embellecía con su maravillosa sonrisa y contestaba:

—Digamos que tengo ciertas debilidades. Pero nada serio.

De ahí, la conversación derivaba a la necesidad de dar a los niños, en cualquier caso, una *cierta* educación religiosa. A ella, a mamá, le encantaba la palabra «*cierta*», que tenía la virtud de no circunscribir demasiado sus ideas y, a la vez, protegía su pensamiento de cualquier crítica.

Yo recogía mis libros, cuadernos y lápices con la sana intención de largarme lo antes posible, pero ella, mamá, me cogía la mano y decía:

—No te vayas todavía, cariño. Tienes que acostumbrarte a hablar con los demás. Una *cierta* vida social no le hace daño a nadie.

Don Pepe aprobaba con la cabeza, pero creo que no le hacía ninguna gracia soportarme en el plano social. No sabiendo muy bien qué hacer, me ponía a borrar la pizarra con la esponja; pero ella, mamá, saltaba:

—Déjale eso a Clara. El polvo de la tiza te estropea la ropa. Y es muy cara.

Y, dirigiéndose a don Pepe:

—Nuestra fortuna ya no es lo que fue.

Por delicadeza, don Pepe asentía:

—Pues sí, mi querida señora, todo ha cambiado. Por desgracia, lo que algunos ricos han perdido con el régimen, no ha ido a parar al pueblo.

Y dejaba por unos segundos su vaso de vino sobre la mesa, seguramente para no parecer un pasota ante el *cierto* malestar económico de mamá. Aquellos —pocos— instantes de duelo silencioso formaban un vacío a nuestro alrededor y mamá se apresuraba a llenar el vaso del señor profesor para que el ángel que pasaba —sin mucha prisa en proseguir su camino, al parecer— se fuera lo antes posible.

—Otro sorbo, querido. Mi salud no me permite acompañarle pero, de verdad, me encanta ver que los demás disfrutan de los pocos placeres que nos ofrece la vida.

Sonrisitas y movimientos felinos para ponerse cómoda en el sofá. Y yo me decía que si alguna vez tenía la debilidad de hablar como mamá, ese día me cortaba la lengua.

Y sin embargo, si don Pepe estaba encantado con la conversación de mamá, yo no me quedaba atrás. Su voz, matizada e irisada como la seda, se insinuaba en los pliegues más recónditos de mi ser. Es cierto que no conservo impresiones precisas, pero estoy seguro de que su voz me enseñó a rechazar todo lo que no fuera claro y directo. A pesar suyo, mamá contribuía a mi educación.

Por un lado, y contra todo pronóstico, yo era su única razón de ser. Ni papá ni mi hermano Antonio

intonizaban con su universo. Pero ella sentía que, a falta de amor, podíamos establecer entre nosotros profundas relaciones de odio. Y, al no ser ya un niño, me consideraba perfectamente capaz de comprender el laberinto de su mente. Era de vital importancia para ella. Y si había aceptado, a requerimiento de papá, interesarse más a fondo por mi educación, no fue con la intención de darme un bagaje para el futuro, como se dice, sino para acercarse a mí sin establecer entre nosotros una relación normal madre-hijo. En ese contexto, don Pepe personificaba a la perfección la crueldad física de la que ella era incapaz. Le encantaba asomarse al abismo que me separaba de mi profesor para contemplar los torbellinos que se formaban en el fondo.

Ella, mamá, estaba al corriente de todo lo que había entre mi hermano Antonio y yo, y le importaban un bledo nuestras relaciones sexuales, pero no podía soportar el universo de amor con el que mi hermano me protegía. En mi insolente mirada leía que yo no me consideraba olvidado de la mano de Dios y que el anatema de su desamor no me había dejado fuera de juego. Le gustara o no, yo seguía mi vida. No andaba hacia atrás. De modo que eligió a don Pepe como prolongación de su mano justiciera.

Prueba de ello es que, fuera de mis cuatro horas de guerra diaria con mi profesor, le tenía sin cuidado que hiciera o no los deberes y cuando, ostensiblemente, me iba al jardín con mis libros, ella, mamá, corría las cortinas con un golpe seco, único movimiento preciso

que le vi hacer. Yo me paseaba por toda la casa diciendo las lecciones en voz alta y, al acercarme, oía que se cerraba la puerta de la habitación en la que se encontraba. Sin lugar a dudas, el señor especialista era para ella un castigo más al que me sometía. Para qué buscarle tres pies al gato.

A pesar de su fe en la inoculación del conocimiento mediante el terror, don Pepe resultó ser un excelente profesor. Explicaba con gran precisión y me quedaba todo más claro que el agua. Conseguía que las cosas más aburridas, como la historia de España, la oficial, resultaran interesantes. Según los textos aprobados por el gobierno, nuestro país había sido cuna de la Gloria, y el régimen actual era su ineluctable continuación histórica. Se hablaba de los españoles como conquistadores, simbolizados por el indiscutible altruismo de militares y clérigos, mientras que los ingleses, por ejemplo, sólo eran un hatajo de piratas. Entre la reina Isabel la Católica y la reina Isabel de Inglaterra el abismo era tan grande como entre Dios y el demonio. Con las mismas diferencias esenciales. Pero don Pepe, con sus ojillos brillantes y su boca irónica, me clarificaba todos aquellos conceptos no solamente erróneos sino trasnochados y, al acabar la clase de historia, yo estaba convencido de que era mejor elegir el bando del demonio. Por aquello de acercarse a la verdad. Y como él se refería continuamente, en todas las asignaturas, a la situación actual del país «tan estancada e inmóvil como una charca rodeada de juncos», la conclusión se imponía: hay

libertad en los lugares tomados por el demonio. Al estar siempre encerrado en casa, yo no conocía mi país; pero empezaba a tener ganas de largarme para respirar aire puro fuera de nuestras fronteras.

En aquellos momentos sublimes en que sus explicaciones alcanzaban la cima de la sublevación, nuestra relación profesor alumno era casi cordial. Él lo notaba, y su voz adquiría tonos de sorda emoción, carente de todo lirismo. Se me aguzaban los sentidos y con cada una de sus frases, yo avanzaba un siglo. Pero entonces volvía a su papel de déspota absoluto, quería comprobar lo que su semilla producía en mi mala tierra, y me preguntaba. Y como mi orgullo superaba a mi vanidad, nunca le contestaba. A su insistencia, yo oponía mi silencio; a su vara de palmera, mi irónica mirada.

—¡Si suspendes el examen, te mato!

Y yo, radiante, pensaba que había dado con la manera de castigar a mamá mediante la desesperación del señor especialista en casos perdidos.

A veces, ella, mamá, rodeada por la nube de humo que últimamente la seguía por doquier, una especie de plasma entre el cual se hacía cada vez más imprecisa, aparecía un momento en el salón para preguntar si todo iba bien. En su voz, ni una pizca de interés. Y no trataba de disimularlo. Al contrario: antes de que le contestaran soltaba alguna trivialidad sobre el tiempo (que no veía nunca), arreglaba los claveles que Clara (Clara-torpona) había puesto en los jarrones, y su vestido negro, adornado con puños y cuello blanco amarillento, desaparecía

de nuevo en la penumbra del vestíbulo dejando la puerta abierta.

Llegó un momento en que el señor especialista ni se molestaba en contestarle, cerrando la puerta de una patada. Yo sospechaba que le habría gustado plantar el pie en el culo de mamá, pero, a pesar de su legendario anticlericalismo, sentía hacia el trasero de su sustento el mismo respeto supersticioso que hacia la eucaristía. Su furia se volvía entonces contra mí y la vara de palmera dibujaba peligrosos arabescos a mi alrededor. Yo miraba con recelo, sin mover una pestaña. El corazón aceleraba el ritmo de su bum, bum, como un reloj enloquecido. Pero hacía grandes esfuerzos para que no se me notara que el miedo, dando coletazos como un pez fuera del agua, me tenía acogotado. Lo conseguía y continuaba sumido en el mutismo. El silencio forja la fuerza de voluntad. Lo había leído en uno de los libros que compraba mamá. Y poner en práctica un topicazo como ése, me llenaba de orgullo.

Rugía, fuera de sí:

—¡Si suspendes el examen te arranco la piel a tiras!
¡Por muy duro de pelar que seas, te la arranco!

Pelado como una gamba. Así me veía yo. Pero mi señor profesor tendría que haber sido tan ladino como yo para descubrir mi estado de ánimo bajo la angelical indiferencia de mi cara de rubito.

¿De qué serviría la vida sin las guerras?

Tal postulado, que no admitía discusión, no se le caía de la boca a don Pepe. Al no poder comprobar su

validez en la nueva paz que se extendía como una epidemia por todo el país, intentaba demostrarlo sin tregua a mis expensas. Su ahínco belicoso en el salón de mamá, creado para que reinara la paz, estaba en continua contradicción con la voz que hablaba de paz en la radio de papá, voz que, por su parte, tampoco se concedía un minuto de silencio.

Al estar siempre metido en casa, desconocía la situación real del país y me parecía que esas dos presencias —don Pepe y la radio— eran más que suficientes para hacerme una idea. Esa casa, heredada por mamá, era una España en miniatura, heredada por los españoles. Todas las clases sociales, todas las tendencias políticas estaban representadas. Y, sobre todo, el silencio. Silencio enorme, opresivo, cultivado en la oscuridad como los champiñones, donde la palabra más sencilla se convertía en un peligro para la lengua. Silencio culpable, pájaro de mal agüero que le hacía sombra a toda la *piel de toro*.

A veces, cuando ella, mamá, olvidaba sus trivialidades y don Pepe la creía dispuesta a escuchar, éste le hablaba de las cárceles. Muchos amigos suyos, le decía, estaban encerrados. Desde hacía quince, veinte, veinticinco años. Desde que empezó la serenata ininterrumpida de paz y de victoria. Por no se sabe qué medios recibía noticias suyas. Tristes. (Oleadas de tristeza agitaban entonces su voz.)

—Es tremendo pasarse toda la vida en la cárcel sólo por haber perdido la guerra. Es injusto. Como si

perder las ilusiones no bastara, también hay que perder la vida. Por lo visto, es la única manera de evitar que empiecen otra vez. ¿Sabe usted que hay niños que no han conocido a sus padres, no porque estén muertos, sino porque están encerrados de por vida? Usted y sus hijos han tenido mucha suerte, mi querida señora. Y también su marido, que está en casa.

Ella, mamá, no contestaba, pero miraba a don Pepe con una especie de sonrisa angustiada, unas de las pocas veces en que vi en su cara la sombra de un sentimiento que pareciera humano.

(Más tarde supe que la libertad de papá le había costado un dineral.)

—El dinero hace milagros, señorito.

(Conclusión de Clara.)

Por nada del mundo me hubiera ido del salón cuando don Pepe y mamá evocaban sus recuerdos de la guerra. Recuerdos adormilados por el silencio, pero más presentes que nunca en cuanto los sacaban a la luz. Una guerra que había ocurrido más de diez años antes de mi nacimiento, pero que suministraba los principales componentes de mi vida y de mi educación. Y gran parte de mis recuerdos.

Porque claro, aunque nada de aquello me atañía directamente, sentía que contaminaba mi vida para siempre. Tara hereditaria, transmitida por la sangre. Virus resistente por falta de antibióticos. Como los hongos.

Por la amargura de don Pepe, daba la impresión de que media España se pudría en la cárcel (cárceles

auténticas repartidas por todo el territorio, dentro de esa enorme cárcel de silencio que era el propio país), y que la otra media, narcisista, se contemplaba en el espejo de su victoria y utilizaba la nueva paz para repeler en las tinieblas a los millones de vencidos. Himnos, banderas, misas solemnes, discursos gloriosos, inauguraciones oficiales, visitas de jefes de Estado... de todo ello hacía don Pepe un amargo inventario, que mantenía al día.

—Todos los que escupían injurias llamándolo dictador, vienen ahora a visitarlo. Pero él no se digna a poner un pie fuera de nuestras fronteras. ¿Se puede imaginar mayor triunfo? ¡Y duerme a pierna suelta! El asesinato en masa nunca produjo frutos más dulces y abundantes. Desde el momento en que se asfixia la libertad de un pueblo, todos los poderes oficiales del mundo se convierten en amigos, en aliados. Mi querida señora, deberíamos todos morir de amargura. Es el único deber con el que no hemos cumplido. Cuánto me gustaría verlo, a él, gobernando un cementerio. A lo mejor, muertos, teníamos más valor para sublevarnos. (Apuraba de un trago el vaso de vino.) Pero mientras yo me emborracho, él se lo debe de pasar en grande.

¿Quién era, *él*? Pensé en preguntárselo a mi hermano o a Clara, pero me pareció que más me valía ignorarlo. Hablaban de una antigua herida, siempre abierta, y temía que, al arañarla con las uñas de mi curiosidad, corriera un auténtico peligro de contagio. Quién sabe si mortal.

Aquel día, ella, mamá, lanzó al señor especialista una mirada tan profunda como imprevista, y sus ojos se llenaron de lágrimas. En tal espejo acuático creí ver la imagen descompuesta de Carlos, confundida con la imagen real de papá. Pero sólo duró un segundo, y mamá se secó las lágrimas antes de que rodaran por sus mejillas. Milagro. Ella, mamá, no podía permitirse debilidades. Su vida era tan sólo muerte, de modo que ¿para qué llorar?

Todo lo que iba aprendiendo me lo guardaba, avaro, para mí. Tan sólo al mirlo, posado, impassible, en una de las ramas del castaño de Indias, le recitaba mis lecciones y le contaba mis pensamientos; para que alguien viera que, en mi caso, nada caía en saco roto. Y cuando cesaban mis hazañas de papagayo, el mirlo silbaba, contento y movía la cabeza, aprobador. Nos llevábamos bien el mirlo y yo.

A veces se me ocurría hacerle una demostración a mi hermano Antonio, y me lanzaba en largas explicaciones sobre los beneficios de la colonización árabe en España. Mi hermano me escuchaba boquiabierto, sorprendido, y con cara falsamente asombrada.

—¡Hay que ver lo que sabes!

—No tengo nada más que hacer —le contestaba, intentando parecer abatido.

—¡Dentro de poco podrás enseñarme un montón de cosas, ya verás!

—A lo mejor.

—¡Seguro!

—De todas formas, desde que estoy con don Pepe no me enseñas nada.

El asombro de su cara se hacía real.

—¿Qué quieres decir?

—Que me has abandonado.

Furioso, me tomaba en sus brazos y me tiraba en la cama. Intentaba asfixiarme con su peso.

—¡Vale, vale!

Suavizaba el apretón.

—Escúchame bien, tontorrón. El mundo entero se pudrirá en la mierda antes de que yo te abandone. ¿Entendido?

—Sí.

Su dulzura, fuerte y voraz, invadía entonces toda la cama. Incluyéndome a mí. Recuperaba la seguridad en mí mismo y, de nuevo, me invadía el sentimiento de que mi hermano y yo éramos un solo ser.

Una noche, al salir de la bañera, mi hermano vio un moratón en una de mis nalgas. Se le mudó el color.

—¿Y esto?

—No sé... Me debí golpear contra los peldaños de la escalera al deslizarme por el pasamanos.

Ni siquiera me escuchó.

—¿Quién te ha hecho esto?

Tal fue su conmoción que lo creí capaz de pensar que mamá me había pegado, y decidí decirle la verdad:

—Es que don Pepe tiene una vara de palmera, y como soy un burro... eso si lo sabes, ¿no?... pues él... él... me pegó un poco fuerte, ¡ya está!

Mi hermano Antonio se puso pálido, lívido. Yo nunca hubiera creído que algo tan anodino como el malhumor de un profesor provocara tal reacción.

—¡Se ha atrevido, el cabrón!

—No pasa nada, de verdad. Fue culpa mía.

Miraba el cardenal sin oírme. Quiso acariciarme la nalga con la mano pero finalmente el miedo lo detuvo, y ni siquiera llegó a rozarme la piel entumecida.

—¿Pero qué se ha creído ése? ¿Que estamos en la época de la esclavitud? ¡Ya le enseñaré yo!

Sentí que había que minimizar el asunto, pero la dureza de su cara, que nunca antes le había visto, me petrificó. En sus ojos brillaba un fulgor inquietante y, con los labios crispados y los dientes apretados, parecía un animal salvaje. Se le subía la sangre a la cabeza al ver el cardenal, infligido a mi nalga por la mano de otro. Porque yo no salía siempre ileso de nuestros retozos.

Un calor salvaje me quemó de pronto la carne, y me enorgullecí de haber provocado el moratón, gracias al cual se reveló la fuerte pasión de mi hermano. Pasión hacia mí. La piel se me volvió traslúcida, mostrando a Antonio mi impúber fragilidad.

Él no dejaba de contemplar mi carne magullada.

—¡Cabrón, cabrón!

La crispación que se había apoderado de todo su ser lo convertía de pronto en hombre. Como si los músculos le fueran a estallar bajo la piel. Sólo tenía diecisiete años pero era ya casi tan alto y tan fuerte como papá. Yo, pequeño y endeble como mamá, me perdía, por las

noches, en el arco acogedor que formaban su vientre y sus muslos.

Aquella noche, mi hermano estuvo tenso. El sueño no lo venció. Sus ojos permanecieron abiertos, como dos peligrosos agujeros, en la oscuridad del cuarto. Me acurruqué contra él, e intenté las más atrevidas mañas para excitarlo pero, sin infligirme la afrenta de un rechazo, su sexo permaneció flácido. Posé mis labios sobre los suyos con la audacia de un animalillo sediento, pero su lengua no reaccionó, árida como un pedregal. Me miraba fijamente a los ojos, pero sólo veía la forma monstruosa, multiplicada por mil, del pequeño hematoma azuloso.

Al final, algo decepcionado, le puse el brazo alrededor de mi cuello, me dormí, y, como siempre, mis rizos le cosquillearon la barbilla. En nuestro ritual nocturno siempre había sonrisas y forcejeos. Y, por supuesto, todo lo demás...

Ninguna pesadilla me enturbió el sueño. Dormí sobre una nube rosa, más seguro que nunca de que estaba definitivamente instalado en la vida de mi hermano Antonio.

A la mañana siguiente, cuando me desperté, su mirada tenía la fijeza propia de una noche de insomnio. Unas profundas ojeras le marcaban los ojos, y tenía los dientes más apretados aún que unas horas antes. Su mano, crispada por la angustia pero tierna, se pegaba como un apósito a mi nalga, sobre el pequeño moratón que había provocado el drama.

Aquel día, antes de que terminara la clase, mi hermano Antonio irrumpió en el salón. Ni siquiera llamó antes de entrar.

Don Pepe y yo estábamos en pleno análisis de las guerras coloniales. (Me refiero a las nuestras, en América. Don Pepe tenía, como siempre, su opinión particular al respecto.) Mi hermano Antonio buscó con la mirada la vara de palmera tallada a navaja, y comprendí que iba a ocurrir algo.

Mi hermano Antonio, muy tranquilo, cerró la puerta con llave y miró fijamente al señor especialista.

Don Pepe, por fin, recobró la voz:

—¿Quieres decirme algo, Antonio? ¿No sería mejor que habláramos a solas?

—Le voy a enseñar lo que más quiero en el mundo.

(La voz le temblaba, súbitamente preñada de cien años de experiencia, por lo menos. Una noche de insomnio da para mucho.)

Me miró:

—Desnúdate.

Comprendí enseguida que no se trataba de una broma de dormitorio, sino de una orden y que, sobre todo, había que obedecer. Procedí despacio, empezando por la camisa de seda y terminando por los calzoncillos de algodón.

Mi hermano seguía hablando mientras me señalaba con el dedo.

—Un cuerpo, señor mío, si ha leído usted los Evangelios, es como un templo. Y este cuerpo en concreto,

el de mi hermano, es mi templo personal. En él, desde que cumplí diez años, rezo todas mis oraciones... Ya me entiende.

Yo estaba completamente desnudo, pero nunca consideré necesario adoptar actitudes púdicas. Con la espalda bañada por la luz procedente de las puertas vidriera presenté mi metro cuarenta de delgadez apetitosa a aquellos dos tíos fortachones que me miraban. En mi familia, de temperamento tremendamente secreto, sentimos, a pesar de todo, la necesidad espontánea de realizar confesiones públicas. Mi hermano Antonio estaba haciendo la suya. Yo, con mi desnudez relajada, también hacía la mía.

—Ni siquiera a mis padres les permitiría ahora que le levantaran la mano. ¿No pensará que se lo voy a permitir a usted?

—Yo soy su profesor, no su...

—... hermano —completó Antonio con una voz tan seca como un latigazo—. Su hermano, soy yo.

Se miraron en silencio. No hacían falta más explicaciones. Mi hermano se acercó a mí, me hizo dar media vuelta y le enseñó el cardenal de la nalga.

—Esto lo ha hecho usted, y es un sacrilegio. Ahí va mi respuesta...

El puño de mi hermano golpeó a don Pepe en plena cara, que se cubrió instantáneamente de sangre. Cayó al suelo. Desde allí, oyó la última frase de mi hermano:

—Y la próxima vez, lo mato.

Auténtica gran escena en el campo del honor. La

habría premeditado durante la noche, dándole forma esta mañana en el instituto. Me encantó cómo la puso en práctica. Nunca olvidaré aquellas palabras sin sentido pero que, dichas por mi hermano, tenían la virtud de llenarme de audacia. Y estoy seguro de que a don Pepe no se le ocurrió dudar de ellas. La fuerza de choque de mi hermano lo sorprendió tanto como a mí.

—Subamos.

Ni me vestí. En pelota viva llegué al vestíbulo, donde mi público me esperaba: Clara, sorprendida hasta el trapo que le envolvía la cabeza de criada. Mamá, con las manos llenas de algodón hidrófilo y un frasco de alcohol, tranquila como una enfermera de la Cruz Roja en medio de una batalla (me refiero a una película que vi varios años después). Y papá, en la puerta de su despacho, sin atreverse a cruzar la frontera que separaba su vida de la nuestra. (A tenor de su mirada crítica, debía pensar que, salvo el bigote y las canas de las sienes, su hijo Antonio era su vivo retrato.)

Desnudo por la escalera, vi las miradas que se intercambiaban y que se cruzaban en el vestíbulo como líneas trazadas sobre un gráfico de temperatura.

Mi hermano Antonio dijo:

—Del niño, siempre me he ocupado yo. Y las cosas no van a cambiar ahora.

Ninguna duda al respecto. En la familia había una marcada inclinación por las situaciones melodramáticas. Nadie se salvaba. Y la edad de mi hermano añadía un punto de insolencia.

Antonio dijo dirigiéndose a mamá:

—Puede que el señor especialista en casos perdidos necesite una cura. Veo que estás preparada.

Tras lo cual, terminé de subir la escalera como una vedette a la que siguen los proyectores. Yo también quería dar mi espectáculo.

El ambiente estaba cargado de electricidad, pero no saltaron chispas. Las condiciones que debían provocar el gran cataclismo (si es que algún día se producía) no eran todavía las idóneas.

Una vez en nuestro cuarto, me tumbé en la cama. Durante unos segundos, me estiré como un gato, de brazos y piernas. Mi hermano Antonio no se hizo esperar. Me miró de ese modo tan especial que me tenía reservado, y ni siquiera pensó en cerrar la puerta como solía. Por el contrario, abrió de par en par la ventana que daba al jardín. Y empezó a desnudarse.

Mientras lo miraba, tan seguro de sus movimientos, comprendí de pronto que mi hermano había cruzado ya la barrera de la adolescencia y se había internado, sin problemas, en el vasto camino de la virilidad completa. Mantuvo en todo momento sus ojos clavados en los míos, y se dio placer, que siempre era el mío, sin hacerme saborear la experiencia suprema. Cuando le pregunté por qué, me contestó mordisqueándome la nariz:

—No te preocupes, todo llegará. Eres demasiado pequeño. No podría moderar mis fuerzas. Me preocupa hacerte daño.

—¿Lo haces con otros?

—Antes me la corto.

—Te la cortaré yo, si me entero.

Mi hermano se echó a reír. La necesidad de silencio se había desvanecido. Y empezó de nuevo. Sus risas nerviosas y sus jadeos se mezclaron con los míos.

Eran las tres de la tarde, y el sol proveniente del jardín, gran espacio sin barreras, inundaba nuestro cuarto. Cálido sol que secó el sudor de nuestros cuerpos. Y el esperma de mi hermano.

Estoy casi seguro de que todos los habitantes de la casa fueron, al menos de oído, testigos de nuestras hazañas. Pero ninguna presencia vino a inmiscuirse. Tan sólo el mirlo, posado impávido en su rama favorita del castaño de Indias, se tomó la libertad de echar un vistazo.

Una hora después, dijo mi hermano:

—Ahora, ya podemos bajar a merendar. Seguramente lo haremos en familia.

Sus ojos demasiado azules parecían semáforos. Tan sólo llevábamos puestas nuestras batas. De lujo. Regalo de mamá. La ocasión la pintan calva.